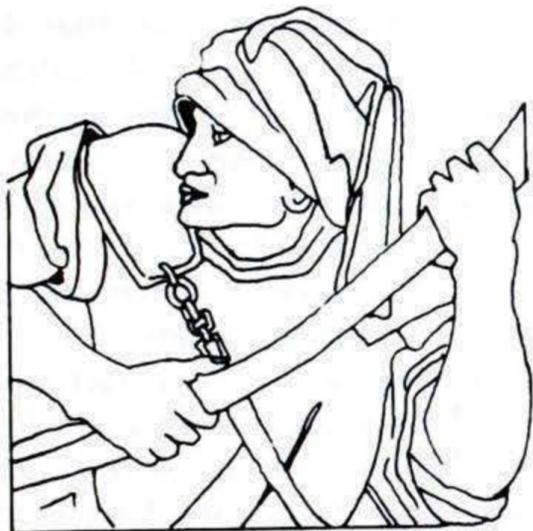


carme, presagio en este buen escritor naciente grandes pero efímeros destellos.

LUIS H. ARISTIZÁBAL



A la sombra de lo documental

Páginas de un desconocido

Joaquín Mattos Omar

Fundación Simón y Lola Guberek, Bogotá, 1989, 134 págs.

Páginas de un desconocido es el segundo libro de Joaquín Mattos Omar (Santa Marta, 1960), un joven y expectante escritor, director del plegable literario *El Comején*, de quién la Editorial Ulrika ya había publicado un poemario (*Noticias de un hombre*, 1988).

Concebidas, visiblemente, bajo la situación desprevenida de no querer ocasionar mayor conmoción —con una apacible visión del mundo— encierran estas breves y flexibles páginas el asombro ligero de un hombre que solo, domésticamente, mira con imparcialidad el universo circundante, y no aquel de quien directamente padece. Una tímida contemplación a la que sin duda debemos su amenidad: “Tendida la ciudad debajo de una leve llovizna, la recorro con moroso deleite”.

Aunque imaginativas y en ciertos momentos poéticas, son estas líneas el fruto de una cacería, quizá involuntaria, de situaciones inesperadas de donde, podríamos decirlo, les proviene el humor llano, sin sorna, de la

cotidianidad. *Una casa de vecindad* (pág. 16) es una buena muestra, y por supuesto su moraleja: “No basta ser un ciudadano de bien, si se es un ciudadano de malas”.

Una ironía suave que, como una toma de aire a lo largo del libro, nos va reanimando en medio de la forma de estas estampas: depurada y de un rigor excesivo, aun cuando su estilo aparezca espontáneo y prudente en ciertos pasajes.

Si bien el libro está dividido en tres partes —Narraciones breves, Cuatro Crónicas, Página de un Desconocido—, la atmósfera narrativa de Joaquín Mattos es monotemática; gira alrededor de un mismo episodio: “Las preocupaciones, inquietudes y experiencias” de un hombre que desde su ventana (digámoslo así) toma apuntes sueltos con un bolígrafo.

Medio íntimos e ingeniosos, medio experimentales, para leer sin desasosiego, siguen estos bocetos la orientación de lo anecdótico: la palabra que llega, pasa y se va, pero que sin embargo nos deja sesgada la sonrisa:

- *Qué bella esa mujer que pasa por allí...*
- *¿Cuál?*
- *No, ya para qué: ya pasó.*
- *Como la vida, Antonio...*

Aquí las cosas están dispuestas a favor de la percepción inofensiva de lo exterior, a pesar de que a veces uno “queda rigurosamente a solas consigo mismo”. El libro está lleno de ejemplos: Hay en él las reflexiones de un hombre que recorre las ciudades y, en efecto, más de “un anodino incidente callejero”.

No obstante, estos “intrascendentes episodios” (“Acaso estos hechos oculten alguna armonía, alguna belleza”), contemplados a vuelo de ojo, sin pretensiones, tienen aquí ánimo literario y, ciertamente, algún renglón se transmuta en materia poética. Desde luego, una poesía de porte leve, ingravida, tal vez por erigir asombros allí donde difícilmente los hay. Me refiero a apuntes de este corte:

Los muertos, parias entre los parias, temibles animales noc-

turnos, mucho más temibles que los lobos...

O como este otro:

Conocedora de la miriada de apetitosas criaturas que lo pueblan, la araña arroja al aire, todos los días, con puntualidad, su finísima y sigilosa red, que nunca falla.

¡Qué depurada su destreza, cuánta su constancia!

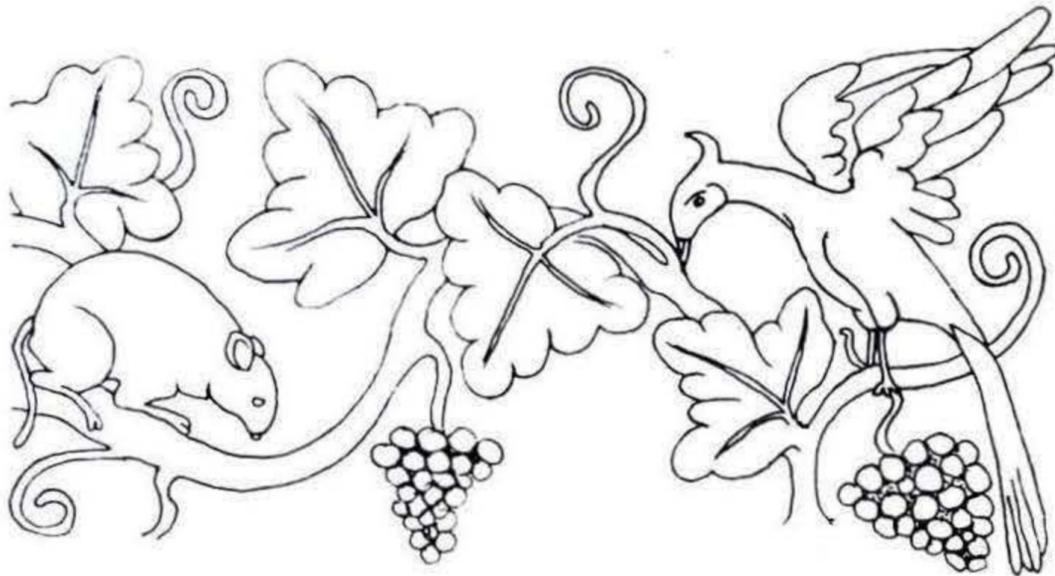
“¡Pero también está la alegría de escribir!”, que en Joaquín Mattos es densamente emotiva, y favorecida, además, por un acento de plena convicción. Aquí, en su estilo, es donde nos trasmite la certeza de estar frente a un escritor. Un escritor de tono elocuente y pausado, que actúa siempre bajo una embelesada ambición documental, y que nos puede hacer pensar en Alvaro Cepeda Samudio, en sus primeros escritos.

Como Jacques Gilard lo subrayó de Cepeda, también en Joaquín Mattos, “en su afán de escribir, la literatura y el comentario parecen compartir su preferencia”. (Aunque en sentido inverso, ya que en Cepeda la literatura está en función del comentario, mientras que en Mattos el comentario revolotea en torno a lo literario).

Al igual que Cepeda Samudio, Mattos “trata de aprehender su realidad con métodos propios, a través de los esquemas impuestos”.

Una técnica que parece encauzar todo hacia lo noblemente ingenioso, y que les da a estas estampas un semblante raro, casi artificioso.

Se dirá que esta apariencia mecánica, este imprimir imágenes en esquemas preestablecidos o, lo que es lo mismo, este llevar la imagen, fresca y lozana, al bruñidor, desemboca inevitablemente en la esterilidad, como es natural, si pensamos en el agotamiento del tema. Pero en *Páginas de un desconocido*, en sus tres partes, esta fisonomía se ve enriquecida mercedamente, hasta el punto de otorgarles a estas líneas talla y singularidad.



Cálidas, de inusitada imaginación, entre la ironía y la afección... "En fin, creo que 'estas páginas' cultivan puntualmente su juventud..."

GUILLERMO LINERO M.

"Círculo des-cuadrado"

Antología Círculo de la poesía colombiana
Anónimo (compilador)
Círculo de Lectores, Bogotá, 1989, 278 págs.

En el caso de esta antología, es necesario volver a comenzar por el abecé del asunto: que, etimológicamente, *antología* quiere decir 'escoger flores'; que esto implica una escogencia —y por lo tanto un escogedor— y unos criterios. Elemental y —por lo elemental— omitido en el presente volumen.

En ninguna parte de esta antología se dice quién escogió los poetas y los poemas; hay créditos para la dirección editorial —un término tan amplio, que quiere decir cualquier cosa— y que corrió a cargo de Clara Isabel Cardona; hay créditos para el diseñador de la cubierta, para el "consultor" (conociendo la probada seriedad y buen juicio de Guillermo Alberto Arévalo, cabe preguntarse qué tanto le consultaron); hay créditos para la asesoría fotográfica, para la fonografía (esta antología viene acompañada de un casete); hay créditos para el diseño,

la diagramación, la fotocomposición, la corrección y la impresión; hay toda una página donde se le dan créditos a todo el mundo, pero por ninguna parte, ni en esa página ni en otra, aparece el crédito para la persona que seleccionó —si así puede decirse— los poetas y los poemas de esta antología.

No se sabe, pues, a quién atribuir la escogencia, asunto que podría ser significativo, en el caso de que sea alguien que haya publicado otros materiales para, a través de ellos, tratar de deducir, quizá con dificultad, los criterios adoptados en este caso.

Porque tampoco las pautas de la selección (dificiles de adivinar, acaso inexistentes, a juzgar por la simple lectura de la muestra) se expresan en un texto introductorio. Es más: aquí se trata, expresamente, de un libro precedido de un no-prólogo. En efecto, antes del índice aparece una carta del expresidente Carlos Lleras Restrepo, donde cuenta: "hace algún tiempo me solicitaron ustedes que escribiera el prólogo para la 'Antología Círculo de la Poesía Colombiana' y yo acepté ese encargo en la creencia de que podría cumplirlo oportunamente. Sucede, empero, que otros trabajos urgentes, y sobre todo la dirección de Nueva Frontera, me han impedido atender, como yo deseaba hacerlo, esa honrosa tarea. Tal situación ha venido a agravarse con el mal estado de mi salud y por todo ello me veo obligado a pedir a ustedes que me exhoneren [sic] del compromiso que acepté con la mejor buena voluntad, pero que me impondría un esfuerzo en las actuales condiciones de salud que no puedo realizar".

Como puede verse, se trata, con toda claridad, de un no-prólogo de un no-prologuista que —empero— se preocupa por dejar constancia: "no tuve yo intervención en la selección de los poetas y de las poesías que ha reunido el Círculo". Yo no fui: eso parece decir el no-antologista.

Sin responsable, sin criterios de selección explícitos, el reseñista debe aventurarse a tratar de esclarecerlos. Infructuosamente. Aquí, con nostalgia, puede invocarse la anterior antología que editó el Círculo y que, no obstante su calidad y su éxito editorial —se dice que vendió más de 20.000 ejemplares—, ha sido retirada de la circulación y reemplazada por esta *Antología Círculo de la poesía colombiana*. Juan Luis Panero, el poeta español, preparó en 1984 para esta editorial la muy sobria *Cien años de poesía colombiana*, que tenía una primera virtud: que optaba, con diaphanidad, por ser una antología de poetas; allí se trataba de escoger, con José Asunción Silva como punto de partida, los nombres más representativos de nuestra lírica. Eran 21 poetas, ya de por sí un número excesivo, pero era fundamentalmente acertada en una lista de nombres que recogen hoy por hoy el consenso público. Además, la antología de Panero tenía la cualidad de contener unos poemas que eran lo más representativo de cada escritor. En suma, acaso la mejor antología desde el *Panorama* publicado por el ministerio de Educación en 1963, bajo la dirección de Fernando Arbeláez.

Pues bien: ese es el libro que deja de editar el Círculo de Lectores para poner en circulación esta antología de no se sabe qué: uno intenta, primero, discernir si se trata de una selección de nombres; pero no; es imposible que en Colombia haya habido 51 (¡51!) poetas. Así, inevitablemente, se confunden el oro con la morralla, y al lado de nombres tan esenciales como Aurelio Arturo, Jaime Jaramillo Escobar o Jorge Gaitán Durán, se colocan escritores tan prescindibles como Santiago Mutis, Maruja Vieira o José Luis Díaz Granados. La confusión llega a tal punto, que hay menos páginas dedicadas a José Asunción Silva que a un versificador tan epigo-